

# Hacia nuevas fronteras: Unión Europea e integración en el Cono Sur

Towards new frontiers: European Union and integration of Latin American Southern Cone

Eduardo Cavieres Figueroa<sup>1</sup>

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Valparaíso, Chile  
eduardo.cavieres@pucv.cl

**Citar como:** Cavieres, E. (2018). Hacia nuevas fronteras: Unión Europea e integración en el Cono Sur. *Desde el Sur*, vol. 10, nro. 2, pp. 271-284.

## RESUMEN

Este artículo reflexiona sobre el concepto tradicional de *fronteras* y de los requerimientos presentes para adecuarlos a una historia que se transforma en general, que pone en discusión los términos del Estado nacional, y que a través de lo cotidiano mueve a importantes grupos de personas para traspasarlas legal o ilegalmente. La perspectiva de los nuevos enfoques se orienta cada vez más a lo social. Los problemas centrales del concepto en función actual se ejemplifican con el caso de la Unión Europea y en términos de las limitadas posibilidades de América Latina para avanzar hacia una mayor y más sólida «integración».

## PALABRAS CLAVE

Fronteras, Estado nacional, migraciones sociales, Unión Europea

## ABSTRACT

This article reflects on the traditional concept of border and present requirements to bring this into a shifting history that discusses definition of Nation state and daily matters of legal and illegal migration. The present approaches

---

1 PhD en Historia por la Universidad de Essex, Inglaterra, y magíster en Historia por la Universidad de Madison, Estados Unidos. Premio Nacional de Historia Chile 2008 y director del Programa de Estudios Iberoamericanos, PEI\*sur, de la Pontificia Universidad Católica de Valdivia. Es profesor emérito de la Universidad de Chile, profesor extraordinario de la Universidad Austral de Valdivia y profesor investigador del Instituto Universitario Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Alcalá, España.

perspective is increasingly socially oriented. Main concern about this concept current function is exemplified in European Union and Latin America reduced possibilities to achieve a better and smoother integration..

### KEYWORDS

Frontiers, national states, social migrations, European Union

Existen muchas definiciones y aproximaciones del término *frontera*. En general, el concepto está muy vinculado a la formación de los Estados nacionales del siglo XIX, situación que une fuerte e indisolublemente a un pueblo nacional con su Estado (gobierno) construyendo una «cultura» nacional y, más específicamente, un territorio nacional sobre el cual se ejerce una soberanía en contexto con una homogeneidad de los ciudadanos que son también parte de la soberanía del Estado. Este ha sido un proceso ya bastante descrito por historiadores importantes como Eric Hobsbawm, que junto a Terence Ranger publicó la *Invención de las tradiciones* o, entre otros, el igualmente conocido Benedict Anderson y sus *Comunidades imaginadas*. En otras palabras, podemos señalar que:

la invención de la nación corresponde a la invención de la idea de que existe una frontera que delimita la separación entre esta nación y las otras. La frontera surge así como una especie de línea definitoria de la separación entre los unos (los nacionales) y los «otros» (los no nacionales), dibujando en el mapa una ideología en la cual la homogeneidad cultural de la nación está acotada por un territorio dado, protegido y «limitado». En muchos casos, el establecimiento de la frontera conllevó procesos arbitrarios que separaron familias, comunidades, grupos y gremios que compartían identidad, prácticas sociales y espacios (Vicuña y Rokas, 2015, p. 22).

Al respecto, tengo una pequeña pero muy significativa historia que recordar. Dice: «Intentamos entrar a Chile por el paso fronterizo de Chacalluta, en Arica, pero no nos dejaron. En ese momento no teníamos nada, solo sabíamos que a Colombia no volveríamos más [...]. Cruzamos a Bolivia hasta Pisiga, un poblado boliviano ubicado en el Altiplano, a unos cinco kilómetros del paso internacional con Chile de Colchane, en la región de Tarapacá. Allí tampoco nos dejaron pasar, pero una boliviana comerciante nos ayudó a cruzar en la noche; lo hicimos caminando». El reportaje periodístico que cuenta la historia, prosigue:

Esa fue la primera vez que la familia Landázuri ingresó a Chile, hace seis años, cuenta Willie, el jefe de familia, un colombiano de 51 años

que junto a su esposa Liliana Montaña decidieron cruzar la frontera por un paso no habilitado, y radicarse con sus nueve hijos —dos de ellos nacidos en Chile— en la capital de la II Región. Un año después de su ingreso repitieron la travesía para buscar al resto de su familia. Después de esa experiencia lograron radicarse en Antofagasta y regularizar su situación. Por ejemplo, sus hijos ahora estudian en un colegio municipal (Flores, 2016).

Esta no es una historia excepcional, es una historia que se repite constantemente, y que no solamente tiene que ver con colombianos, sino también con bolivianos, con ecuatorianos, venezolanos, haitianos, peruanos. ¿Por qué recalco que no es una historia excepcional? Porque incluso cuando, en el fondo, el tratamiento de la frontera sigue siendo como un hecho que está, que existe y que tenemos que aceptar, siempre hay más de una oportunidad para cruzarla ilegalmente. Más aún, pudiendo encontrarse ciertas flexibilidades que mejoren las relaciones entre diferentes —aunque vecinas— sociedades, nuestros Estados nacionales, fundamentándose en mayores aperturas a partir de la actividad comercial, otorgan mucho más el derecho al libre tránsito de las mercaderías que de las personas. La rigidez estructural sigue siendo determinante y ello, de todas maneras, marca las fronteras, el paso, la línea divisoria entre un país y otro. Finalmente, el Estado sigue determinando la situación a partir de procesos históricos que en la mayoría de los casos están marcados por acontecimientos bélicos o de disputas que en la tradición del siglo XIX fijan y mantienen un tipo de nacionalismo excluyente y diferenciador respecto a los países inmediatos. Independientemente de razones históricas y jurídicas, pero también del carácter de poblaciones divididas, cada Estado sigue reglando y regularizando, sin actualizar o adecuar estas fronteras a las necesidades sociales o a los tiempos actuales.

Este tipo de historias nos habla de fenómenos en movimiento. De otros personajes, de cuestiones sociales, de desplazamientos inorgánicos que se han producido lenta y pausadamente en el tiempo, pero que en la actualidad se van visibilizando y cambiando la fisonomía de los espacios que recorren, como también van transformando aquellas fronteras que, independientemente de los Estados, con cierta indiferencia de las propias sociedades locales, van corriendo los horizontes espaciales rígidos propios de un pasado que sigue siendo cercano. Los individuos que han puesto en marcha esta nueva movilidad, grupos «ajenos» a las sociedades locales, están dispuestos a romper las fronteras que no les permiten el paso, no siempre por el simple hecho de traspasarlas, muchas veces sin el menor deseo de injuriarlas, pero sí para superarlas. Tan es así, que hoy en día, y en un futuro muy cercano, las curvas o índices demográficas muestran todo tipo

de indicios de que en los próximos diez años van a experimentar cambios esenciales, fundamentales.

Por ejemplo, en el norte de Chile, en Antofagasta, que es uno de los focos de atracción para migrantes del Perú, Bolivia, Colombia, la maternidad y los consiguientes partos se han triplicado en los últimos seis años por cada tres niños que nacen y uno de ellos pertenece a padres inmigrantes. A nivel nacional, los nacimientos de niños de padres extranjeros prácticamente están llegando a un índice cercano al 20% de la población. El régimen demográfico del país se ha detenido y no alcanza a cubrir el déficit por sí solo, lo cual únicamente se está nivelando, de manera muy parcial, por la llegada de estos niños<sup>2</sup>. Como se ha señalado, a pesar de los esfuerzos de los Estados para el control de ingresos de ciudadanos extranjeros, particularmente en las zonas con puestos de migración, las propias sociedades, o sus contingentes, debilitan o quiebran fronteras. A comienzos del siglo XXI, las fronteras rígidas que conocíamos se han debilitado y tendencialmente comienzan a ser imposibles de sostenerse con el carácter de los tiempos pasados.

A raíz de estos nuevos movimientos de población, no solo en América Latina, sino también en Europa, Moisés Naím, analista venezolano del Carnegie Endowment for International Peace, ha escrito un pequeño editorial, muy interesante, que tituló «Fronteras movedizas». Decía Naím que si las arenas movedizas son peligrosas, las fronteras movedizas lo son aún más. Mientras que las arenas movedizas se tragan a la gente, las fronteras que se mueven se tragan sociedades enteras. Hace 70 años, Hitler hizo también las fronteras de Europa y el Imperio japonés, las de Asia. Esos intentos le costaron la vida al 3% de la humanidad. Al terminar esas guerras, millones de sobrevivientes se encontraron dentro de nuevas líneas divisorias, algunas de las cuales eran asfixiantes e infranqueables: «el muro que partió a Berlín fue la más famosa de las fronteras de la posguerra construida para encarcelar a una nación» (Naím, 29 de octubre de 2017).

## **El peligroso cambio de actitud de las sociedades de la Unión Europea**

Al contrario de lo que podría pensarse, en las últimas décadas, la tendencia europea ha sido el fortalecimiento de fronteras para impedir

---

2 Calculado sobre población regional según el Censo de Población de 2017, la región de Tarapacá tiene un 17,7% de población inmigrante; Antofagasta, un 17,3% (aun cuando en número dobla a la anterior: 104 817 personas respecto a 58 376); Arica y Parinacota, en el extremo norte, un 11,3% (25 537); y la Región Metropolitana, un 9,9% (704 133 individuos). Según el mismo registro, el total de inmigrantes en el país llega a 1 119 267 personas (Vásquez y Blanco, 9 de abril de 2018). Ha sido necesario, reestudiar e impulsar una reforma de las políticas y una ley sobre migración.

la llegada de extranjeros que buscan radicarse en los nuevos destinos. Según Reuters, en Europa se han construido 1200 kilómetros de cercas y valles antiinmigrantes, la mayoría desde 2015. Viktor Orbán, el primer ministro de Hungría, fue uno de los más entusiastas en ello. Para el mismo Naím:

Una de las ironías de estos tiempos tan confusos es que mientras los nacionalismos, el proteccionismo y el aislacionismo están a flor de piel, las fuerzas que los socavan son cada vez más potentes. Los virus cibernéticos y las pandemias no respetan las fronteras. Los cada vez más frecuentes y más destructivos huracanes, ciclones y tifones tampoco. Los eventos climáticos extremos unen a los países en sus catástrofes compartidas.

Proteger las economías nacionales de los efectos de las crisis financieras que ocurren en otros países es imposible. Impedir la llegada de nuevas tecnologías o ideas tóxicas que alteran el rumbo económico y político de una nación es cada vez más difícil. ¿Qué frontera del mundo ha logrado repeler a los contrabandistas de personas, drogas, productos falsificados, armas y mucho más? Ninguna (Naím, 29 de octubre de 2017).

He incorporado en estas reflexiones a la Unión Europea, por el interés que despierta su experiencia, las formas de abordar los problemas y las posibilidades (que aún podemos ignorar solo en ciertos modos) existentes que presionan para una reorganización institucional que dejaría atrás el espíritu que la guio y que ha sido en mucho más de un sentido la vanguardia de la historia de la segunda mitad del siglo XX. Durante un proceso no muy corto, en realidad de 20 años, movimientos políticos y sociales al interior de la Unión Europea, a pesar de que sus orígenes se remontan a más de 50, fueron quebrando este concepto de frontera sin perder la autoridad del Estado sobre unas circunscripciones territoriales fundamentalmente desde el punto de vista político, incluso militar. Tenemos y conservamos, todavía, la visión de que la Unión Europea, por tanto, es un espacio que está allí, abierto, donde los ciudadanos se pueden mover de un lugar a otro y que efectivamente así sucede, pero ¿cuál es la situación real? La situación es que cada vez más van emergiendo historias particulares —la última es la de Cataluña—, que amenazan con crear, en vez de disminuir, nuevas fronteras nacionales al intentar nuevos Estados nacionales, con sus propios territorios y sus propias jurisdicciones. Se trata de otra forma de atomización de una historia que podemos pensar va en el sentido de la contrahistoria, al impulsar nuevos nacionalismos que, quizá valderamente, deben mirar y pensarse hacia atrás. Se produce una doble corriente en los extremos europeos: por una parte, quizá aún una

mayoría que sin despreciar ni olvidar sus propias historias e identidades buscan superar definitivamente los viejos nacionalismos para seguir creciendo en ámbitos de carácter cada vez más transnacionales; por otra parte, el crecimiento de inflexibles ultranacionalismos, xenófobos, que vuelven a poner sus miradas en las defensas férreas de sus fronteras o de estos nacionalismos, que, al ser «libertarios», deben igualmente, como se ha dicho, recuperar identidades del pasado.

En los últimos años, y no siendo un producto de la esencia de la unidad europea, sino a consecuencias de la crisis económica de 2008, el surgimiento de los «indignados» y de nuevos movimientos sociales, carentes, en general, de proyectos sociales integrados hacia el futuro, y la crisis del Estado liberal, igualmente muy incapacitado para seguir reinstalando nuevos discursos y esperanzas, ha surgido una complicada y quizá muy peligrosa división entre: 1) europeístas que consideran que las acciones comunes permiten a la Unión Europea la mejor respuesta a un mundo interdependiente y global con decisiones transnacionales o supraestatales, que no significan renunciar a raíces nacionales y culturales. Quien así lo expone, Rafael Calduch C., agrega que, frente a ellos, se encuentran; 2) aquellos que admiten situaciones graves, amenazas y riesgos, pero consideran que no forman parte de una dinámica histórica de creciente interdependencia y globalización, por lo que pueden seguir con decisiones y acciones unilaterales de sus sociedades y Estados: euroescépticos, «contrarios a la integración por miedo al desarraigo cultural o la marginación socioeconómica en una Europa unida y que, con frecuencia, se traduce en un fuerte sentimiento nacionalista exclusivo y excluyente» (Calduch Cervera, 17 de junio de 2018)<sup>3</sup>.

Desde otras perspectivas, pero siempre con el mismo telón de fondo, Ignatieff ha escrito sobre las diferencias y sus efectos entre el cosmopolitismo y el nacionalismo. En su ensayo *Sangre y pertenencia. Viajes al nuevo nacionalismo* (Malpaso, 2016), escrito tras visitar seis «centros» importantes para su estudio, Yugoslavia, Alemania, Ucrania, Quebec, Kurdistán e Irlanda del Norte, todos ellos de reconocidas capacidades nacionalistas,

---

3 El mismo Calduch recuerda en su escrito el caso del Aquarius, una embarcación a la cual Italia negó arribar a sus costas con inmigrantes del norte de África muy poco tiempo antes de la publicación y las incidencias de esa decisión en nuevas políticas inmigratorias que surgen en Europa: «El hecho de que el Gobierno italiano no haya permitido el desembarco de los 629 migrantes no hará que desaparezcan las embarcaciones que ilegalmente lleguen a sus aguas procedentes de las costas libias. Al mismo tiempo, los países del grupo de Visegrado no pueden seguir ignorando que el problema de los flujos de población que llegan a las costas europeas del sur también les afecta, en la medida en que pone en peligro la continuidad del espacio Schengen del que millones de sus ciudadanos se benefician diariamente al poder viajar, residir, estudiar y trabajar en las economías más prosperas del resto de la Unión».

Ignatieff ponía en alerta de los peligros que surgen cuando el nacionalismo se convierte en fuerza excluyente anteponiendo las raíces a los valores y haciendo resaltar las diferencias. Al respecto, respondiendo a una entrevista, escribió que:

El cosmopolitanismo implica que las instituciones supranacionales se preocupen de que olvidemos las fronteras, pero están fracasando, y entonces la gente demanda mayor protección para garantizar su seguridad.

[Sus explicaciones, aun cuando discutibles, no dejan de ser interesantes] La idea de que el liberalismo es hostil al patriotismo es falsa. Dentro del liberalismo encontramos el nacionalismo liberal, o patriotismo, que cree en la libertad constitucional, los derechos a las minorías, la ayuda a los refugiados y el valor de la ciudadanía como elemento cohesionador. Un nacionalismo liberal, un patriotismo liberal, no es agresivo. Por otro lado está el populismo, que entre otras cosas fomenta el nacionalismo étnico. El populismo es una fórmula política hostil a los juicios, a la prensa libre, a las instituciones que protegen a las minorías y a la libertad de expresión. Esa es la brecha, el populismo nacionalista quiere crear un enemigo interno y articula su discurso contra él y el nacionalismo liberal pretende que todos se integren en un pacto cívico y que independientemente de sus orígenes sean leales a su país y compartan un vínculo patriótico (Seoane, 11 de noviembre de 2016).

Para Joaquín Estefanía, español licenciado en Ciencias Económicas y en Ciencias de la Información, pero más conocido por su actividad como periodista, ha escrito que «los límites al libre movimiento de personas es el principal factor estrangulador y deslegitimador de la globalización realmente existente. Se repite la historia (y recuerda):

A mediados de los años 40, el escritor austriaco Stefan Zweig escribió sobre el retroceso internacionalista que sufrió el mundo, que tanto se parece a este, «como la limitación de la libertad de los movimientos del hombre y la reducción de su derecho a la libertad». Dice Zweig que todo el mundo iba donde quería y permanecía allí el tiempo que quería, que no existían permisos, autorizaciones, salvo conductos ni visados. Fue después de la Gran Guerra cuando el nacionalsocialismo comenzó a transformar el mundo y el primer fenómeno visible de esta epidemia fue la xenofobia, el odio o, por lo menos, el temor al extraño. «En todas partes la gente se defendía de los extranjeros, en todas partes los excluía. Todas las humillaciones que se habían inventado antaño solo para los criminales ahora se infligían a todos los viajeros antes y después del viaje» (*El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, El Acanalado) (Estefanía, 4 de julio de 2016).

Para el análisis del presente, el mismo Estefanía es enfático en señalar que: «La regla del juego era: no se puede tener libre acceso al mercado único comunitario sin aceptar también la libre circulación de ciudadanos. O dicho de manera más amplia: no sirve una globalización que se complazca en el libre movimiento de capitales, en un amplio movimiento de bienes y servicios y, al tiempo, entorpezca la circulación de las personas. Esta es una globalización deforme que es imposible mantener en el tiempo. Ello es lo que está ocurriendo ahora» (Estefanía, 4 de julio de 2016).

Este tipo de discusiones y argumentaciones de movimientos sociales que crecen alrededor de nuevos nacionalismos que vuelven a desear sus propias fronteras para invisibilizar a los otros, son lamentables para Europa, para la historia que había logrado desplegar, para debilitar los cimientos del nuevo futuro que estaba logrando construir. En todo caso, es un debate en curso. Ojalá los europeos no se pierdan en los valores fundamentales que convocaron. El fracaso de la Unión Europea sería doblemente lamentable para América Latina: por el tiempo perdido en no haber asimilado el proyecto de integración europeo y porque, ya sin un modelo a seguir, no habría nuevos tiempos para ser lúcidos en imaginar un futuro de mayor unidad social. Las fronteras estarían preanunciadas para sus restablecimientos en los modos originales.

### **América Latina: confianza en la integración económica, desconfianzas en la integración social**

Tratándose de naciones y de fronteras, como en toda situación, existe igualmente un problema de imágenes formadas a través del tiempo. Edmundo Paz Soldán, boliviano, escribió que «Las imágenes que nos formamos de los otros son una mezcla de la historia con el presente. Heredamos lugares comunes y estereotipos; a esa historia, le añadimos nuestra experiencia personal y lo que vemos en los medios, lo que nos cuentan amigos y conocidos. Tendemos a generalizar, y eso nos lleva al racismo y a la discriminación de grupos enteros de individuos; por suerte, esa generalización también sirve para ser generosos». Sucede, por tanto, que las fronteras no son solo físicas, sino también «imaginadas», y ellas, quizá por ser imperceptibles, pero sí existentes, son las más difíciles de eliminar. Creo que, felizmente, entre Chile y el Perú, también con Bolivia, ellas van perdiendo fuerzas. No a nivel de los Estados y sus políticas nacionales respectivas, sino en lo que más interesa, a nivel social. Las sociedades hoy entienden, cada vez más frecuentemente, que sus problemas, sus proyectos y sus frustraciones tienen similares raíces y materializaciones y, por ello, ya no se ve tanto al otro como enemigo, sino al menos como un aliado lejano al cual debe conocerse más, comprenderle y hacerle más próximo.

Hace 15 años, junto con otros colegas, amigos peruanos, chilenos y bolivianos, nos propusimos quebrar la situación respecto al tema tabú de la Guerra del Pacífico. Dijimos: «Hagamos historia comparada, conversemos todos, binacionalmente, acerca de la guerra, acerca de la historia de Chile, acerca de la historia del Perú». En ese momento era difícil emprender la tarea, pero lo hicimos y hemos ampliado nuestros horizontes intelectuales. Como se ha dicho en otras exposiciones, ya no solamente nos abocamos a repensar y a replantearnos frente a la guerra, sino que también a pensar lo que pueden hacer las escuelas a pensar lo que podrían hacer los clubes deportivos y lo que han hecho los clubes deportivos, a pensar una serie de otras manifestaciones, pero seguimos atados a esto de seguir estudiando la frontera como un hecho que existe y que por lo tanto cuando la analizamos decimos: «Bueno, ¿cómo hacer para que la frontera entre Arica y Tacna sea un poco más amistosa, que sea un poco más amigable, que sea verdad, un poco más cercana a la gente?». El propio congresista nos decía al comienzo de esta tarde: «Al final Arica y Tacna actúan material, concretamente, simplemente como periferias de sus centros naturales que son Lima y Santiago, y ambos centros prácticamente son equidistantes, están lejos de estas periferias, pero les imponen sus reglas».

Entonces, el asunto es que seguimos analizando la frontera desde el punto de vista de la frontera de Turner: cómo se produjo, cómo se estableció, qué leyes están allí presentes, cómo el Estado se encuentra en cada una de estas fronteras, o nos atrevemos un poquito a alzar la voz y decir eso que no es cierto. El problema no es quedarnos solamente en el estudio, en el análisis de la frontera como un hecho que proviene del pasado que se ha materializado desde el pasado, sino que pensemos de una vez por todas en el siglo XXI, en que la gracia no es barrer, sino tener fronteras libres. Europa lo pudo hacer, las gentes en Europa se pueden mover, porque las mercaderías no son más importantes que las personas. En Europa partieron con las mercaderías, pero llegó el momento en que debieron permitir también el libre movimiento de las personas. Estamos en la etapa a través de los convenios comerciales, tratados comerciales, fronteras comerciales, de todo lo que significa comercio, lo cual no está mal, de abrir fronteras desde el punto de vista comercial, lo que significa más flexibilidad para el libre tránsito de la mercadería, pero no más para el libre tránsito de las personas.

Desde el Estado, las lógicas, por supuesto, son diferentes. La lógica del Estado dice que las fronteras son necesarias para cuidar los territorios y para que no se introduzcan por las fronteras todos aquellos que simplemente pueden desearlo sin acogerse a los requerimientos de una verdadera «realidad» soberana. Por lo tanto, no se trata solo de la justificación

de las fronteras en el sentido del control respecto a quienes pueden transitar por ellas, sino entenderlas como garantías de espacios, cuidados del territorio nacional, de la historia oficial, del orden institucional. Está bien todo aquello, pero también tienen como propósito original el separar a unos y a otros y, en ello, a comienzos del siglo XXI, siempre podría haber modos de disminuir las diferenciaciones entre personas y concebir una sociedad más incluyente desde todos los sentidos. Actualmente, todos vemos y prestamos poca atención al hecho de que diariamente miles de venezolanos, por ejemplo, pasan a Colombia a comprar sus mercaderías con plata venezolana sin grandes problemas. Se trata de fronteras móviles, y de ello se deduce que está muy bien seguir analizando el carácter de frontera, pero al mismo tiempo comenzar a pensar que las fronteras pueden tener igualmente otros objetivos. En nuestro caso, tanto el Gobierno chileno como el Gobierno peruano se congratulan porque cada año aumenta el número de ariqueños que pasa a Tacna y viceversa, pero ninguno de los dos Gobiernos piensa en eliminar a un mínimo los controles y hacer de dicho espacio, sin que ello suponga perder nada de lo «nacional», algo más dinámico, abierto, para dos sociedades que tienen una vida cotidiana bastante en común. Quizá sea el tiempo de comenzar a hablar sobre cómo abrir fronteras, sin perder identidades, ni territorios, menos aún historia; pero permitamos, así como se pueden movilizar mercaderías, que se movilicen también personas. Los Estados deben hacerlo antes de que sean las propias sociedades las que rompan fronteras. Si todos dicen, política o diplomáticamente hablando, que ya no hay problemas entre Chile y el Perú, la realidad es que los problemas no están en la gente, sino siguen estando en los Estados. ¡Abramos fronteras!

Si se trata de buscar antecedentes cercanos para una reflexión más profunda, tenemos el caso de Mercosur. En el Mercosur, hay fronteras. Lo señalan José Luis Rhi-Sausi y Nahuel Oddone:

La integración regional no pone fin a las fronteras ni a las interacciones en frontera, solo las redimensiona, haciéndolas más visibles (por estimularlas o limitarlas), dando lugar a una lucha entre el reconocimiento de los factores idiosincrásicos, por un lado, y la necesidad de propender a las generalidades, por el otro. Las relaciones fronterizas en el Cono Sur existían antes del Mercosur; relaciones de amistad, de trabajo, deportivas, de parentesco, políticas o comerciales, etc. El Mercosur solo aportó una mayor cuota de visibilidad a las mismas; y no necesariamente se trata de «visibilidad» institucional» (Rhi-Sausi y Oddone, 2010, p. 212).

Citando a A. Grimson, refieren el problema a una situación de mayor peso por parte de los Estados. Estos, señala Grimson, «llegan con fuerzas

renovadas a las fronteras a partir de la «integración». Ejercen un control inédito sobre algunas poblaciones fronterizas, desconociendo o tratando de anular las historias y tradiciones locales. Pobladores de espacios fronterizos, con libre intercambio de productos durante décadas, ven aparecer refuerzos en los puestos aduaneros o de gendarmería. Perciben nuevos controles migratorios» (Rhi-Sausi y Oddone, 2010). Esto es fundamentalmente integración económica. En algunos casos, ha dado buenos resultados, pero siempre insuficientes. Se necesita, urgentemente, integración social: la arquitectura y los desafíos son muy diferentes y tienen otros horizontes.

Se trata también de problemas de la modernización y de la globalización. Respecto a lo primero, Mario Vargas Llosa, ya hace mucho tiempo, se refería a que la modernidad significa disolución de la soberanía. En lo económico, a fines del siglo XX, las fronteras eran algo muy relativo y, en el caso de mercados comunes bien desarrollados, la idea de nación se convertía en una idea retórica. Las sociedades que quieren modernizarse necesitan abrir sus fronteras. Para Vargas Llosa:

Un país pequeño, que no figura en el pelotón de los países modernizados, tiene muy pocas posibilidades de decidir sobre las cuestiones políticas centrales que le conciernen. Fijate en un país tan poderoso como Rusia. Pues bien: buena parte del destino de Rusia se está decidiendo fuera de Rusia. Y lo que vale para Rusia, ¿cómo no va a valer para Argentina o Perú? Empujemos esa realidad. Acabemos con las fronteras. Por primera vez en la historia de la humanidad, eso es ahora posible (Martínez, 25 de enero de 2007).

En términos más amplios, los conceptos tradicionales de *soberanía* y *autogobierno*, en opinión de Daniel Innerarity, correspondían a un concepto homogéneo de *pueblo* y a una idea cerrada de *espacio político*. Sin embargo, cuando los efectos de políticas extraterritoriales llevadas por algunos Estados comprometen la capacidad de autogobierno de unos y otros:

Los Estados han de pasar de una responsabilidad contractual respecto de sus ciudadanos a una soberanía que les compromete hacia el exterior en relación con determinados bienes comunes. Bajo condiciones de interdependencia no hay justicia nacional sin algún género de justicia transnacional, ni democracia sin una cierta inclusión de los no electores. El principio republicano de la no dominación solo puede ser respetado si se refiere también a quienes, no formando parte del demos nacional, son afectados por nuestras decisiones (Innerarity, 2015, p. 86).

Esto es parte del problema de la globalización. En este caso, de la ética de la globalización. José Luis Cebrían se ha preguntado respecto

a la medida en que la globalización afecta negativamente la existencia de las personas que, en su mayoría, desencantados de sus experiencias, se refugian en su malestar buscando identidades perdidas e incluso impostadas, lo cual conduce al cultivo de nacionalismos y xenofobia, diferenciación entre nosotros y ellos, intolerancia y confrontación. Añade:

Es difícil por lo mismo aceptar que estemos desarrollando una especie de globalización moral salvo en lo que concierne al funcionamiento de los mercados, en los que se impone la norma capitalista. La resistencia frente a ella no deja de ser local, aunque a veces se arroje en aparentes movimientos de masas. No hay una convergencia normativa en el mundo de la globalización, antes bien existe un conflicto declarado entre los grandes principios que se enuncian y la realidad de la vida de las personas (Cebrián, 4 de junio de 2018).

Nada es fácil, menos aún pretender modificar conceptos y acciones que definen la institucionalidad del Estado nacional desde sus orígenes. Pero, aun cuando pensemos en la posibilidad de una historia inmóvil, ella siempre se está desplazando, transformándose. Las sociedades lo hacen y quizá hoy son mucho más perceptivas respecto a una idea más universal.

En agosto de 2014, antes que se produjera el último y quizá más impactante ciclo de inmigrantes en Chile con la llegada en masa de haitianos, venezolanos y otros, se citaba a Alvaro Bellolio, que señalaba que «la gracia es tener fronteras libres, generar ciertos incentivos para la renovación de estadía, pero que sea flexible y razonable, sin generar discriminación negativa ni positiva: están en Chile y hay que darle a todos las mismas condiciones. Pero ese no es el problema de hoy en Chile: el inmigrante tiene un nivel de escolaridad más alto que el chileno, tiene mayor disposición para trabajar, independiente del área; es más joven, tiende a tener buena salud. El migrante que llega a Chile no es de pobreza extrema. El migrante ya tiene ciertas condiciones por el simple hecho de que migrar es un emprendimiento en sí mismo» (Citado por Ramirez, 2014).

### **Contribución del autor**

Eduardo Cavieres Figueroa ha participado en la concepción del artículo, la recolección de datos, su redacción y aprobación de la versión final.

### **Fuente de financiamiento**

Autofinanciado.

### **Conflictos de interés**

El autor declara no tener conflictos de interés.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Calduch Cervera, R. (17 de junio de 2018). Europeístas vs. euroescépticos. *La Razón*. Recuperado de <https://www.larazon.es/sociedad/europeistas-vs-euroescepticos-LM18723844>

Cebrián, J. L. (4 de junio de 2018). La ética de la globalización. *El País*. Recuperado de [https://elpais.com/cultura/2018/05/30/babelia/1527698439\\_538645.html](https://elpais.com/cultura/2018/05/30/babelia/1527698439_538645.html)

Estefanía, J. (4 de julio de 2016). Esto está descarrilando. Cuando la xenofobia y el odio al otro forman parte del análisis económico. *El País*. Recuperado de [https://elpais.com/economia/2016/07/03/actualidad/1467561242\\_187244.html](https://elpais.com/economia/2016/07/03/actualidad/1467561242_187244.html)

Innerarity, D. (2015). *La política en tiempos de indignación*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

Martínez, T. E. (25 de enero de 2007). Mario Vargas Llosa x Tomás Eloy Martínez. La modernidad a cualquier precio. *Página 12*. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/diario/verano12/23-79511-2007-01-25.html>

Naím, M. (29 de octubre de 2017). Fronteras movedizas. *El País*. Recuperado de [https://elpais.com/elpais/2017/10/28/opinion/1509206835\\_911242.html](https://elpais.com/elpais/2017/10/28/opinion/1509206835_911242.html)

Paz Soldán, E. (19 de setiembre de 2010). Entre la historia y la relación. *La Tercera*, R10.

Rhi-Sausi, J. L. y Oddone, N. (2010). Cooperación e integración transfronteriza en el MERCOSUR: El caso de la triple frontera entre Argentina, Brasil y Paraguay. En Luis Maira (Ed.), *La política internacional subnacional en América Latina*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.

Santana Flores, C. (13 de noviembre de 2016). Partos de inmigrantes en Antofagasta casi se triplican en los últimos seis años. *Economía y Negocios, El Mercurio*. Recuperado de <http://www.economiaynegocios.cl/noticias/noticias.asp?id=307949>

Seoane, A. (11 de noviembre de 2016). Michael Ignatieff: «La división entre cosmopolitas y nacionalistas definirá el siglo XXI». *El Cultural*. Recuperado de <https://www.elcultural.com/noticias/letras/Michael-Ignatieff-La-division-entre-cosmopolitas-y-nacionalistas-definira-el-siglo-XXI/9999>

Vásquez, F. y Blanco, B. (9 de abril de 2018). Extranjeros en Chile superan el millón 110 mil y el 72% se concentra en dos regiones: Antofagasta y Metropolitana. *Emol*. Recuperado de <https://www.emol.com/noticias/Nacional/2018/04/09/901867/Extranjeros-en-Chile-superan-el-millon-110-mil-y-el-72-se-concentra-en-dos-regiones-Antofagasta-y-Metropolitana.html>

Vicuña, J. T. y Rojas, T. (Eds.). *Migración en Arica y Parinacota. Panoramas y tendencias de una región fronteriza*. Santiago de Chile: SJM.

*Recepción: 20/6/2018*

*Aceptación: 3/8/2018*